

el autor del accidente dejó en la mesa unos billetes de banco y salió, evitando mirar a un lado, donde estaba el lecho. En él habían dejado el cuerpecito manchado de sangre y de polvo.

En el momento en que la puerta se cerró, Poucette volvió a abrir los ojos.

—¡Mamá! —llamó con voz débil.

—¿Querida mía?—sollozó la madre, cayendo de rodillas delante de la cama, con los labios tendidos hacia el pálido rostro y no osando tocar el cuerpo moribundo.— ¿Por qué has hecho eso?

Mientras el padre, torturado por los remordimientos, daba vuelta la cabeza y estallaba en convulsos sollozos, Poucette designó con la mirada los billetes de banco abandonados sobre la mesa.

—Por eso, ya lo sabes—balbució.— ¿Es que ahora no estás contenta, mamá?

H. T. MAGOG.

LA TRAGEDIA DE MAX LINDER

Suelen ser aquellos que más nos hacen reír, quienes más penas pasan en esta vida tan poco agradable para algunos. No es esto nada nuevo. De asunto por el estilo está llena la literatura mundial. Desde el payaso sentimental a la corista tuberculosa, no hay un solo caso de esta especie que no se haya explanado en novelas y comedias quin-ce o veinte veces.

No; evidentemente no es el asunto nada original. Y, sin embargo, yo os voy a hablar hoy de algo por el estilo; ése la tragedia del mayor de los cómicos, del hombre que más ha hecho reír a la generación francesa a que tengo el disgusto de no pertenecer en absoluto.

¿Un cuento, una novela, un drama, una tragedia? No; nada de eso. Algo parecido a todas esas cosas, pero que les supera: la realidad. No lo dudéis. La realidad tiene, en ocasiones, la intención de imitar a la ficción. Y la imita, prodigiosamente.

Una de estas ocasiones, es la que nos ocupa. Se trata de Max Linder, del pobre Max Linder, el actor, el mímico que duran-

te muchos años hizo reír a millones de espectadores de todos los países.

Max, como todos recordarán, se suicidó. Al mismo tiempo se suicidó su mujer. A decir verdad, nadie puede decir si fué un doble suicidio o un asesinato seguido del suicidio del autor. Nadie puede afirmar ni negar nada. Cuando los criados se dieron cuenta de que algo anormal sucedía hacia ya varias horas que Max Linder y su mujer habían pasado a mejor vida. ¿A mejor vida? Sí; sin la menor duda.

Max Linder fué un hombre desgraciado. Toda su vida particular, su vida íntima, fué un tejido inacabable de desgracias. Su mujer—la que junto con él murió, voluntariamente o no—le era infiel. Y, además, cínicamente, alardeaba de serlo delante del marido. Eso al menos en una carta de despedida dijo el pobre Max.

El caso es que un día Linder, cansado de hacer reír mientras lloraba, decidió matarse. El desenlace fué en un hotel de Viena en el que en una mañana Max y su mujer amanecieron muertos.

¿Se suicidó la mujer o la mató Max? Esto es algo que nunca podrá aclararse. Mas el caso concreto fué que el actor y su mujer, la que según él, no le guardaba la fidelidad debida, murieron y que, la víctima principal fué una pobre chica de pocos años hija de ambos.

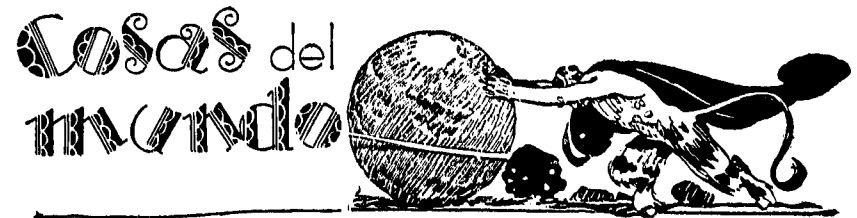
Y ha sido esa chica la que ha hecho recordar estos días a Max Linder y a su mujer. Las familias del padre y de la madre se disputan la tutela de la niña. Ambas alegan los mismos derechos. Y ambas enseñan cartas y documentos en que el padre o la madre les encomiendan, para el caso de que algo les suceda, la educación de la pequeña.

Los tribunales franceses tienen que decidir la cuestión. ¿En favor de quien? En realidad esto importa poco. Pero el asunto ha servido para una cosa: para que todos nos sintamos un poco tristes recordando al pobre actor que nos hizo reír, y para que Milleránd defendiendo a la familia de la mujer, y Paul Bancour defendiendo a la del marido se luzcan hablando de asuntos que, en ocasiones tienen poco que ver con el desgraciado actor, el más grande de los mímicos franceses contemporáneos.

GASTON LEBRUN.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital. 1 pla. mes
Provincia. 7 » semestre.



Curiosidades

Los Montes de Piedad son de origen italiano, y este nombre les fué dado porque se hacían préstamos de caridad en monte o tal. En 1440 el Padre Bernabe de Terni, de la Orden de los Hermanos Menores, predicando en Perusa, invitó a los ricos a contribuir con sus ofrendas a aliviar la situación de los pobres. Las donaciones que se hicieron constituyeron un fondo, con la ayuda del cual se hizo a las gentes del pueblo préstamos sobre fianza de efectos mobiliarios. Los resultados determinaron a imitar el ejemplo de Perusa, y Orrieto, en 1445, Bolonia, en 1475, Padua, en 1491, y Milán, en 1496, entre otras, abrieron Montes de Piedad.

De Italia pasaron estos establecimientos a Alemania, y Nuremberg, en 1498, fué la primera población que los implantó. En Holanda, fué Amsterdam, en 1578, y en Bélgica, Bruselas, en 1618. En Francia el más antiguo fué el de Avignon, en 1577, siguiendo después Beaucaire, en 1583; Nancy y Arras, en 1615.

En España, el primer Monte de Piedad fué el de Madrid, que se debió a la caridad y celo del sacerdote D. Francisco Piquer, que lo inició con la pequeña limosna de un real de plata que el día 3 de diciembre de 1702 depositó en una pequeña caja. El año 1724 se inauguró la institución.

Según la autorizada opinión de varios autores, no ha habido quien excediese ni aun igualase la perfección y la belleza de los modelos del célebre escultor ateniense Fidias, a pesar del tiempo transcurrido desde que floreció su arte, cuatrocientos años antes de Jesucristo hasta nuestros días.

Su nombre de gran artista atravesó los tiempos de Alejandro y de Augusto y los siglos bárbaros, mereciendo siempre la fervorosa admiración universal.

La estatua de Minerva, colocada en el Partenón de Atenas; las trece de la ofrenda consagrada en el templo de Delfos; la de Minerva, llamada Lemniana, y la de Júpiter, que fué considerada como una de las

más maravillosas del mundo, inmortalizaron su memoria, transmitiendo su glorioso arte a la posteridad.

La idea de acorazar a los buques nació en la época en que se acorazaban hombres y caballos.

En 1530, en el sitio de Túnez, los caballeros de San Juan de Jerusalén blindaron la «Santa Ana», gran galera construída en Niza. Pero su blindaje era particular. Estaba hecho de una espesa coraza de plomo fijada con clavos de bronce.

Doscientos años después, un español, Juan Ochoa, inventó un barco de espólon blindado con placas de hierro de un dedo de espesor. Pero no pudo realizar completamente su proyecto.

El camino más largo del mundo se encuentra en los Estados Unidos. Tiene su punto de partida en el mismo Nueva York, en la esquina de las calles 42 y 5.^a Avenida. Allí existe, en efecto, un poste que sustituye la siguiente placa indicadora: «Ruta de Lincoln-San Francisco: 3.384 millas».

La longitud de este camino alcanza, pues, a los 5.955 kilómetros próximamente, y su anchura es de 20 metros en toda su extensión.

PRECAVIDO



— ¿Da patadas ese caballo?

— Sí, mi comandante.

— Bueno. Póngase detrás de él mientras yo paso.